

TOBÍAS

En la historia de Tobías, el espíritu popular israelita encontraba la prenda de las promesas providenciales. Un profundo sentimiento de caridad llena de dulzura esta historia novelesca. La conclusión que de ella se desprende dice que “Dios es amor”. Entre aquel pueblo desventurado, este relato en que vivos y muertos, hombres y ángeles viven en una simple fraternidad, debía sin duda alguna reconfortarlos.

Entre los cautivos llevados a Nínive, a raíz de la caída de Samaria, se encontraba un justo llamado Tobías. Estaba casado y tenía un hijo de su mismo nombre. Este perfecto servidor de Yahvé jamás había adorado a los becerros de oro. Todos los años, subiendo a Jerusalén, ofrecía a Dios las primicias y los diezmos de sus bienes. Al contrario de la mayoría de sus compatriotas, conservó en el exilio intacta su fe. Habiendo obtenido un lugar cerca del Rey, utilizaba su influencia para ayudar a los deportados. Con un ánimo excepcional, enterraba los cadáveres de sus hermanos, muertos por los verdugos de Assur.

No obstante Dios probó a su fiel. Un día en que éste dormitaba, cayó sobre sus ojos una suciedad de golondrina. Ciego, arruinado, soportaba las burlas de la gente de su lugar: “¿Dónde ha quedado tu esperanza?” Él les respondía: “No habléis así, porque somos hijos de santidad y esperamos la vida que Dios ha prometido a quienes jamás le retiran su fidelidad”.

Su mujer, cariagria lo insultaba. Pero él, obstinado en el amor de Dios, enseñaba a su hijo: “Honra a tus padres, vivos y muertos; ten presente a Dios en tu pensamiento, jamás consientas el mal; obedece al Señor. Da limosna, no vuelvas tu rostro a los pobres. Si eres rico, da mucho y ello te hará amasar un tesoro. Sé puro, sé humilde, paga bien a quien te sirve. No hagas a nadie lo que deplorarías padecer tú mismo, y bendice a Dios en todo tiempo”.

Su santidad iba a encontrar recompensa. Tobías había prestado una fuerte suma a un pariente lejano que vivía lejos, sobre los llanos de Media en Ragués. ¿Por qué no mandar a su hijo para hacerse reembolsar este dinero? Pero, el viaje parecía largo e inquietante. Mientras pensaba en esto, se presentó un extranjero de buen parecer que se ofreció a conducir a Tobías a su destino: era, bajo apariencias humanas, el arcángel Rafael, uno de los siete que están ante la faz de Dios. Conquistado por Rafael, el joven Tobías se puso en camino junto a su compañero. Al pasar el Río Tigris, un terrible pez se lanzó sobre él; pero su camarada le ordenó tomarlo por las aletas y

sacarlo del agua. Sería una excelente carne para el camino, y, cuanto a la hiel y el hígado, le aconsejó guardarlos: eran productos mágicos que expulsaban a los demonios y curaban a los enfermos.

En Ecbatana, ciudad que quedaba sobre su camino, una joven israelita, llamada Sara, estaba sufriendo una situación desesperada. Siete veces se había casado, y las siete veces había visto morir, en el mismo día de su boda, a su marido, asesinado por el demonio Asmodeo, celoso de sus amores humanos.

Sara rogaba a Dios que viniese en su ayuda. Llevado por su ángel a la casa de Sara, Tobías, que resultó ser primo de ella, le propuso matrimonio. El padre de la joven, temiendo seriamente tener que llorar un octavo yerno, se encontraba dudoso. Asmodeo comenzaba a rondar... Pero al quemar el hígado de pescado, Rafael apartó al demonio. Sara y Tobías se casaron, mientras el ángel extremando su amabilidad, iba a cobrar la deuda a Ragués.

Los tres regresaron a Nínive. El viejo Tobías, a quien atormentaba la larga ausencia, vino a su encuentro. Fue un dulce encuentro, bañado de lágrimas tiernas. Siguiendo la indicación de su compañero, Tobías frotó los párpados de su padre con la hiel del pescado y al momento éstos se abrieron a la luz. Faltaba retribuir al amable guía. Pero tan pronto como el anciano abordó el tema, el compañero misterioso se dio a conocer: Dios lo había enviado en ayuda de uno de sus fieles en aflicción. Desvaneciéndose en el aire, desapareció, sombra tutelar, como en el cuadro de Rembrandt.

En torno a la novelesca historia, se han multiplicado las interpretaciones y los comentarios. Teólogos y exégetas se han planteado si es preciso tomar al pie de la letra los elementos de magia que en ella se encuentran. Hay hechos misteriosos, pero son atribuidos por el escritor bíblico a la voluntad de Dios. Algunos, católicos entre ellos, han admitido que se trata de un relato popular sin carácter histórico. Otros, partidarios de la interpretación simbólica, ven a Sara el alma humana perseguida incesantemente por el demonio, pero liberada por el joven salvador, asociado a la imagen del pez.

La historia recalca sonriendo que el redactor, mu posterior, de este relato tradicional, cometió muchas inexactitudes; habla de Ragués en el siglo VIII cuando ésta fue construida en el siglo III; confunde a Salmanasar con Sargón, e incurre en diversos errores geográficos. Pero esto apenas tiene importancia.

Señala en cambio, con gran interés, lo que en este episodio se nos dice de la piedad popular, de la altísima moral del anciano Tobías, del profundo sentimiento de respeto a los muertos, de la fidelidad a los mandamientos. Descubre asimismo influencias extranjeras muy curiosas: la demonología tenía un enorme desarrollo en Siria y en Persia y el exorcismo un gran respeto; el hígado tenía propiedades mágicas e incluso se han encontrado hígados de arcilla o de bronce que servían para que los aprendices de adivinos practicasen su oficio.

El demonio Asmodeo, enamorado terrible de Sara, es el Aesma-Deva de los persas, el diablo de la lujuria. Ragués era un importante centro religioso del mazdeísmo. En Mesopotamia, en Irán y en la India se conocía el tema del muerto agradecido a quien le había dado sepultura.

La historia de Tobías acusa, pues, muchas influencias extranjeras, pero Israel lo marca con su sello y su esperanza.